

X.

La condesita.

La vida tiene estrañas antítesis: mientras que el marqués de Olona temía ver elevarse entre Teresa y él, el rostro amenazador de Riviere el comandante no tenía más que una idea: hallar al italiano y matarle; pero Riviere más que Ciampi necesitaba ser prudente. La policía buscaba al comandante con tanta actividad, como acechaba á Teresa. Un paso que diera, una imprudencia por pequeña que fuese, y el comandante se perdía.

Claudio Riviere, al salir del Temple, había jurado á Solignac no comprometer locamente su libertad para satisfacer más pronto su venganza y ese juramento el coronel se lo había recordado con una gravedad profunda. Solignac tenía sobre su amigo la autoridad que impone el beneficio y le era fácil detener á Claudio Riviere dispuesto á arriesgar su vida con tal de hallar las huellas de Teresa, solo con dirigirle esta pregunta:

—¿Quién os dice que si os vuelven á prender,

é instruyen un nuevo sumario, las nuevas pesquisas y confrontaciones no pueden comprometer á los carceleros que han sido mis cómplices y á mí con los carceleros?

Solignac sabía perfectamente que ninguna razón de prudencia hubiera impedido á Riviere conseguir su objeto; pero tampoco ignoraba que, por evitar un peligro á su amigo, el comandante permanecería oculto y sufriría con paciencia su cautiverio.

Por eso Solignac, á quien nada arredraba, había manifestado ese temor. Para apartar el peligro del pecho de su amigo, fingía verle dirigido contra él.

Riviere vivía desconocido en una casita de la calle Neune-Saint-Jean, como entonces se llamaba á la parte de la calle de Chateau-d'Eau, comprendida entre el faubourg Saint-Martin y la calle Saint-Denis, casa solitaria colocada cerca de un almacén de leñas y por una sombría casualidad, muy próxima al siniestro domicilio que habitaba entonces el verdugo Sanson.

Solignac había pensado que era más fácil vivir ignorado en aquel populoso barrio y los vecinos mismos no sospechaban que el pequeño pabellón oculto detrás de las pilas de madera y de los grandes árboles, encarcelaba un inquilino. Un paso libre que había entre el almacén y las casas contiguas permitía al bueno de Juan Riviere el ir, de vez en cuando, á ver á su hijo, esforzándose en no ser expiado ni seguido.

Poco más ó menos la vida de Claudio era la misma que llevaba Ciampi, vida de continuas

alarmas y zozobras. Un obstáculo poderoso se elevaba entre aquellos dos hombres y los impedía buscarse á través de la multitud y des- trozarse mutuamente, el peligro comun.

Agostino se veía obligado á sustraer á Teresa de todas las miradas, y Claudio se hallaba cohibido, teniendo que sufrir aquella especie de cautividad voluntaria en el asilo que le había buscado Solignac.

—Pero á lo ménos este suplicio no durará mucho tiempo,—se decia.

¿Con quién, con qué probabilidades, con qué esperanzas, con qué personas contaba para conseguir volver á ser libre de sus acciones, dueño de castigar á un cobarde? Claudio no lo sabia fijamente. En el coronel Thévenot, en Solignac, en el azar, en lo imposible, con todo eso á la vez y quizás con nada. Los desgraciados tienen confianzas de niño y supersticiones de mujer.

—Lo importante—decia Chambaraud, á quien el señor Juan habia prevenido,—es que el pobre muchacho esté en libertad. Habria sido horrible, realmente, el ver morir un hombre de su valor y su mérito. ¡Esa Teresa!—añadía probando las chochas del mes de julio.—¿Quién me lo habia de decir? ¡Ah! ¡todas las mujeres tienen el diablo en el cuerpo!...

Y la cocinera Julia, oyendo al ex-convencional volver siempre á lo mismo, repetia al criado de Chambaraud:

—Mirad, ciudadano Plantade, no me quitareis de la cabeza que el señor ha sido engañado por alguna individua y que la herida está abierta to-

davía. Sí, sí, ciudadano Plantade, aun á su edad. ¡Hay heridas de esas que no se cierran jamás!

—¿Quién sabe?—respondia Plantade, siempre discreto como una tumba.

Chambaraud, que no salia jamás del hotel de la calle de Postas, viviendo como un lobo en su biblioteca del fondo de su jardin, y no alegrábase, por decirlo así, más que en su comedor, fué per la noche á ver á Claudio Riviere en su asilo. Aquellos dos hombres se habian mirado un momento, el viejo alargando las manos al jóven y diciéndole:

—¡Os compadezco!

Y el comandante Riviere, con una expresion sublime de resignacion:

—¡Oh! el ser más digno de compasion—habia contestado—es el que falta á su palabra libremente dada, el que miente despues de haber jurado! ¡No es el dolor, es la traicion la que debe reclamar piedad!

El convencional sintióse profundamente conmovido por aquel estoicismo, tanto más admirable cuanto que ocultaba una pasion ardiente, una de esas pasiones únicas que llenan toda una existencia.

—Teneis razon—habia replicado Chambaraud. —Por lo demás, en este mundo hay dos clases de hombres: los que ante todo piden á la vida la felicidad y los que aceptan sus deberes únicamente. Sois de estos últimos, mi querido Claudio, y si alguien puede censuraros por ello, yo os admiro. No obstante, algo desilusionado sobre los hombres y las cosas, voy á daros un con-

sejo: La libertad tambien es mujer; no le consagreis tampoco vuestra vida entera!

—¡Pertenezco á la causa á que he servido y le permaneceré fiel hasta mi último suspiro.

—¡Y á fe mia que hareis bien! Pero no os hagais ilusiones. La multitud está ansiosa de doblegarse ante un amo: dejadla que se arrastre, y haced lo que yo. Mientras que pasa la orgia de la fuerza á través del mundo, encerráos con vuestros libros y volved á leer ¡*Candide!*

—Mi vida pertenece á mis compañeros de armas. El dia en que vengan á decirme: «¡Vamos á morir ó á romper el yugo que oprime á nuestra patria!», moriré.

—Y esa inmensa muchedumbre anónima verá pasar vuestros cadáveres sin irritarse y dejará que la hierba crezca sobre vuestros sepulcros, sin consagraros un recuerdo.

—¡Corriente, pero á lo menos yo habré cumplido con mi deber!

—Y si era preciso cumplirlo á vuestro lado, seria capaz de dejar mis libros, mis fresas en la primavera y mis nueces en otoño! ¡El sacrificio siempre vale algo! ¡En último resultado quizás tengais razon, mi querido Claudio!

Y dicho esto, el antiguo convencional se despidió del comandante.

Claudio Riviere, dolorido y engañado, era más feliz que Agostino Ciampi triunfante; triunfo cobarde que no podia salir de la oscuridad cuando generalmente sólo vive del ruido. Además, en el alma del italiano se verificaba un trabajo profundo, produciéndose como una sor-

da germinacion de ideas nuevas desde el momento en que Andreina le habia indicado hasta cierto punto, á lo lejos, un objeto desconocido, una pista que seguir.

¡La condesa de Fargés! Era efectivamente un soberbio partido, algo deslumbrador é inesperado. ¡La fortuna se le presentaba viva y encantadora bajo las facciones de una mujer! El hombre que se casara con ella seria rico de repente como por efecto de una varita mágica. Agostino, despues de haber averiguado cuál eran el carácter, la vida y las esperanzas de la jóven viuda, concluyó por decirse á sí mismo esa frase que tan amenudo se halla en los labios italianos:

—*¿Chi lo sa?*

¿Quién sabe? El eterno sueño de las personas y de los pueblos que esperan en lo imposible y á fuerza de soñar, los italianos suelen hacer accesible la imposibilidad misma.

Pero Agostino amaba todavía á Teresa. ¡Y bien, seguiria amándola! ¡Y Luisa? ¡Trataria de hacerse amar de ella? ¡Por qué no? Todas esas ideas cruzaban por la imaginacion del marqués y las resolvía enseguida, repitiendo luego su eterno: *¿Quién sabe?*

La condesa Luisa de Farges era quizás la mujer más bonita de la corte del emperador. Tenia veinte años, era viuda y se decia por lo bajo que tenia el derecho de pasar por soltera. El difunto conde de Farges no estaba allí para reclamar en contra. Se la comparaba amenudo con la hermosa señora Recamier, inatacable é

inatacada, pero, segun la crónica de los salones, la condesa Luisa era menos diosa, más mujer y se comprendia que su pecho encerraba un corazon que latia ó podia latir. La linda sonrisa que asomaba generalmente en sus risueños labios parecia decir.

—¡Yo deseo amar, pero quiero escoger!

Rebelde, efectivamente, á todo nuevo proyecto de matrimonio, no queriendo, segun decia, volver á hacer la felicidad de otro, sin participar de ella, vivia independiente, no teniendo más familia que su abuelo, austero anciano que era la personificación misma del pasado, y algunos parientes lejanos.

Rica, adorada por sus amigos, admirada, amada de toda la muchedumbre de los salones, feliz con saber que cada mano que la alargaban, que cada mirada que se cruzaba con la suya era una prueba de afecto, y á veces una caricia, la condesa Luisa vivia encantada y como embriagada en aquella atmósfera de elegancia, de afecto, de adhesión y de amor.

En la última exposición, el retrato de la condesa de Farges, pintado por Robert Lefevre, habia sido el gran acontecimiento, la verdadera seducción de París.

Hablando de él delante de Napoleon, reprochaban á la belleza de Luisa de Farges, cierta delicadeza que se traduce vulgarmente por el término impropio de *mimoseria*, el emperador contestó con esta frase que nos han conservado las *Memorias* de aquel tiempo:

—Hay mujeres hermosas que no lo parecen

sino entre un regimiento de dragones. La condesa Luisa brilla siempre como una alhaja.

La señora de Farges pasaba por la niña mimada del emperador que la agradecia el que embelleciera su corte. Le gustaba al plebeyo ver á su lado á la descendiente de una familia ilustre. El conde de Farges habia sido uno de los primeros nobles que se adhirieron al régimen imperial y el oficial de fortuna, al convertirse en César, no olvidó el honor que habia hecho á su reciente imperio aquel descendiente de antiguos héroes. Luisa de Farges era hija del marqués de Navailles, y su abuelo el anciano marqués de Navailles, que aun vivia, podia llegar á ser, si la condesa se empeñaba en ello uno de los senadores del imperio.

Además el emperador sentíase subyugado como todos por el encanto delicado, honrado é irresistible de la condesa Luisa. Alababa el gusto delicioso de sus *toilettes*, y, más de una vez, durante sus imperiales incomodidades con Josefina, á la que reprochaba frecuentemente, como es sabido, sus gastos estravagantes, no queriendo que tiraran el dinero por la ventana más que á los que él enriquecía, se le habia oido exclamar:

—Debiais, querida mia, tomar por modelo á la condesa Luisa. Esta sabe vestirse admirablemente. No se recarga ni se pone esos horribles turbantes con garzota, tan queridos de esa pedante literata de Mad. Stael. ¡Es un modelo, un verdadero pájaro raro esa mujercita!

Una noche, en una recepcion de gala, el emperador, á quien gustaba tanto la economía que se le habia visto, entrar en traje de paisano, en un almacén de pasamanería, para averiguar el precio exacto de una abrazadera de cortina que habia colocado el tapicero de las Tullerías, despues de haber elogiado á la condesa de Farges por la encantadora sencillez de su traje de baile, adornado únicamente, tanto el vestido como el peinado, con un modesto helecho y dispuesto, como siempre, á dar una leccion á Josefina, dijo á la emperatriz bastante alto para que le oyesen:

—¡Mira qué linda está la condesita! Esa á lo menos no arruinará á su marido, si se vuelve á casar, con el gasto de sus adornos!

Josefina se sonrió: sabia perfectamente que aquellas sencillas yerbas salian de casa de Bachmann-Bapst y Bapt-Meniere, los plateros del muelle de l'Ecole, y que aquel delicioso trabajo de plata esmaltado de verde costaba más de veinticinco mil francos.

—Lo que prueba—decía al dia siguiente la emperatriz contando la anécdota—que se puede entender mucho de ganar batallas y muy poco de apreciar las obras maestras de joyería!

Luisa de Farges era bastante rica para poder pagarse esos caprichos. No dependia, además, de nadie. El marqués de Navailles, abuelo de la condesa, antiguo capitán de la marina real en tiempo de Luis XV y Luis XVI no salia de su cuarto como en otro tiempo no salia de su gabinete y la dejaba libre, aunque con harto dolor

de su corazón, para que fuese á la corte del que no designaba más que con estos apodos; el *usurpador*, el *corso*, el *infame*, ó el *emperador de los Jacobinos*.

—No quiero contrariaros en nada, condesa,—le habia dicho—y puesto que el señor de Farges, vuestro esposo, habia unido su blasón á esos sables, sois libre de continuar mostrándoos en semejante reunion de mendigos. Pero mi voluntad intervendrá, tenedlo presente el dia en que tengais el capricho de escoger un esposo entre esos soldadotes; entonces me acordaré de que soy el marqués de Navailles y de que á pesar de las nuevas libertades, de las que me preocupó lo mismo que de una corteza de limón á pesar de vuestra emancipacion y vuestra viudez, yo el representante de la familia y el último de la rama primogénita de una raza de heroes, tengo el derecho de decir: *¡No quiero!* á la hija de mi hijo.

—Seguramente teneis ese derecho, señor marqués—repuso la condesa—pero perded cuidado, vuestra nieta no os dará la ocasion de usar de él.

—¿Por qué?

—Porque probablemente no me volveré á casar nunca.

La condesa, en efecto, parecia más encantada de su libertad que hubiera podido estarlo de un nuevo matrimonio.

En la calle de Mont-Blanc tenia realmente su córte. Allí recibia á los poetas y á los artistas, lo mismo que á los cortesanos de las Tullerías,

como debian serlo despues de la Abbaye-aú-Bois.

Este era el único reproche que Napoleon I dirigió á la que él llamaba su *condesita*.

—Pero, condesa, ¿os gustan los *ideólogos*?—la dijo un dia bruscamente.

—¿Los *ideólogos*, señor?

—Sí, los que hacen rimas y frases y solo viven de ambrosia.

—Me gusta todo lo que siente y piensa, como todo lo que es soberano y digno de admiracion, señor.

—Sí, os escapais por la tangente dirigiendome un cumplido. La mujer más encantadora siempre tiene algo de gatita. En fin, decidles de mi parte á vuestros poetastros que su deber es componer tragedias patrióticas, guerreras, de cuartel general, en una palabra. ¡Cuando la poesia no sirve para marcar el paso de carga, no sirve para nada!

—¡De veras! ¿Ni aun para celebrar las victorias ganadas al son del clarin, señor?

—¡Esta mujercita—repuso Napoleon alejándose—siempre ha de salir venciendo!

Y esta era la mujer que Andreina habia hecho pasar bruscamente ante los ambiciosos deseos de Agostino! ¡Esta era la que el marqués habia visto, deslumbradora de hermosura, pasar en un landó, como una diosa en su carro!

Y poco á poco, al cabo de muchos dias y muchas noches, llenos de sueños de fortuna formados junto á Teresa, que era tambien un sueño de amor, pero realizado á costa de una infa-

mia, Agostino Ciampi llegó á decirse que la fortuna existía allí detrás de las tapias del jardin, en donde habia visto á Solignac pasearse con Andreina, y se repetía á si mismo, como para excitarse á esperarlo, á emprenderlo y á atreverse á todo:

—¡Pues bien, sí, Andreina tiene razon! ¡Es preciso que me case con esa mujer!

Todos los espejismos son seductores y parecen colocados al alcance de la mano cuando no se trata de alcanzarlos; más para realizar semejante sueño, ¿qué habia que hacer? ¿Para ser amado de Luisa de Farges, qué aventura debia intentar?

Cosa extraordinaria, Agostino seguia amando á Teresa. La amaba por la seduccion poderosa que conservaba; por su belleza de mármol, por aquel fuego de que estaba animada y con el que le quemaba. Aquel amor, el marqués sabia que podia ser la satisfaccion de una pasion, pero que tenia un término marcado. Aun en las horas de mayor embriaguez, Agostino no habia contestado más que con una sonrisa á esas incesantes preguntas de la mujer querida y ansiosa de un amor eterno:

—Siempre, ¿no es verdad que me amarás siempre?

—Sí, siempre—contestaba.

Y su pensamiento estaba en otra parte.

Aquel *siempre*, ¿cuántos dias duraria?

Teresa no calculaba... creia; pero las almas tan confiadas ó, mejor dicho, tan crédulas como la suya, odian y olvidan rápidamente el dia en